

LA PRIVATIZACIÓN DEL AIRE

Hacia siglos que la tierra había sido parcelada y privatizada por *derecho* divino o de conquista, decían los señores, palabras que generalmente venían a significar invasiones militares, con las consiguientes destrucciones y masacres, para apropiarse por la fuerza del territorio y de los mismos habitantes. Posteriormente, olvidado ya el origen de la propiedad, las tierras iban pasando como herencia de descendientes en descendientes hasta que aparecían los más torpes, desafortunados o inquietos, que acababan vendiéndolas a otros.

El agua, quizás por su naturaleza líquida y dispersa, discurrió libre o compartida comunalmente hasta hace poco. Fue durante las últimas décadas, privatizados ya prácticamente todos los recursos naturales, cuando algunos especuladores repararon en las enormes posibilidades que ofrecía el líquido elemento; entonces decidieron privatizar también el agua para mejorar la calidad y el abastecimiento a todos los ciudadanos, eso dijeron; a su favor tenían el precedente de las embotelladoras, que se habían apropiado de los manantiales para vender el agua envasada a los sectores pudientes y las poblaciones cuyos pozos estaban contaminados. Algunas comunidades no lo entendieron y rechazaron que las empresas adjudicatarias se adueñaran hasta del agua de lluvia, incluso provocaron algunas revueltas que frenaron temporalmente la privatización, pero fueron simples excepciones y a la larga todo el mundo acabó aceptándolo.

Al final, por evolución lógica, tocaba privatizar lo único que quedaba libre: el aire, un nuevo filón de oro a disposición de los más espabilados. De hecho, en Tokio ya habían instalado máquinas expendedoras de aire limpio para que los sufridos viandantes pudieran darse un respiro de cuando en cuando en las calles con más polución, unas máquinas que generaban pingües beneficios a sus propietarios.

La cuestión surgió porque los numerosos gobiernos locales, regionales y centrales estaban tan endeudados, después de lustros de pésima gestión, grandes obras, nepotismo y latrocinio, que ni siquiera recortando los escasos servicios que ofrecían podían seguir funcionando; tampoco podían aumentar los impuestos que cobraban porque a las clases medias las exprimían ya al máximo, las bajas estaban demasiado empobrecidas y las altas, de una forma u otra, siempre acababan escaqueándose; por otra parte, hacía tiempo que habían vendido las empresas públicas, las cajas de ahorros, incluso servicios tan importantes como la limpieza vial, las basuras, la depuración, etc., de forma que no les quedaba nada por vender. Así las cosas, algún asesor ocioso se fijó en este recurso natural y lo vio como otro más, perfectamente gravable también; entonces se le ocurrió que los gobiernos, como representantes legítimos de los ciudadanos, podían

declararse usufructuarios y administradores del aire, con el fin de crear un nuevo impuesto sobre su consumo.

La mayoría no lo queríamos pero, claro, no íbamos a salir a ocupar las calles y plazas para echar fuera de las instituciones a aquellos gobiernos, que al fin y al cabo habíamos votado nosotros mismos; con esta crisis que ha destrozado nuestra economía, bastante hacíamos con aguantar cada día los problemas del trabajo (quien lo tenía) y las hipotecas (quien poseía casa); era preferible olvidarse de todo y entretenerse con el fútbol, los toros y las películas (menos mal que teníamos televisión). Además, se trataba de un impuesto temporal, reversible, hasta que pasaran las apreturas; y sólo tendríamos que pagar unos céntimos por cada metro cúbico del aire que respiramos...

Sin embargo las necesidades de financiación continuaron acuciando a los gobiernos y éstos no tardaron en hipotecar y vender los derechos de usufructo del aire; para lo cual hicieron una ordenanza y lo adjudicaron al mejor postor, o al más arrimado. La privatización del aire acabó extendiéndose por todo el mundo; como siempre, algunos se opusieron con ardor pero el progreso y los mercados fueron implacables, y al final la medida coyuntural se convirtió en una ley permanente, definitiva.

En pocos años multinacionales como la Air for All Company crecieron como la espuma, absobiendo las compañías regionales, y sus principales inversores se hicieron inmensamente ricos. El negocio del aire se convirtió en la estrella de las bolsas de Wall Street, Tokio, Hong Kong, Berlín, Londres, París, Moscú, etc.

Todos los ciudadanos del mundo pagamos ya por el aire que respiramos. Al principio una cuota insignificante, pero la cotización del metro cúbico de aire fue subiendo, imparable, hasta alcanzar precios prohibitivos para los más pobres. Y ahora nos toca a las arruinadas clases medias...

Yo enseñaba Historia en un liceo público y perdí mi trabajo cuando privatizaron completamente la educación, luego me volvieron a contratar a tiempo parcial, sin apenas derechos laborales y con un sueldo muy reducido. Tuve que endeudarme y rehipotecar la vivienda para que mi hijo, mi mujer y yo pudiéramos seguir respirando. La economía no mejoró y el banco nos quitó el piso; tuvimos que malvender los muebles y alojarnos en una cabaña que construimos nosotros mismos con materiales de desecho. Ahora apenas podemos comer porque me han bajado el salario y me quedan dos días para conseguir dinero de algún prestamista, si no lo logro la AfAC nos denunciará y en cuanto nos lleven ante el juez éste nos condenará a la cámara de vacío por incumplir la ley del aire y no pagar nuestras cuotas...

Pierre-Joseph Proudhon